

tros políticos, entregando la persona de la Reina á la voracidad de las disputas y al manoseo de las opiniones. ¡Bonito principio de reinado; bonito estreno de la Majestad, que representada en una candorosa niña, debió ser resguardada de toda impureza y puesta en un fanal, á donde no llegara el hálito de las ambiciones! Por esto ha podido decir Isabel II que desde su tierna edad le enseñaron el código de las *equivocaciones*. Pudo añadir también que en cuanto le quitaron los andadores, dejándola correr por las asperezas del gobierno con sus pasos propios, oyó sin cesar palabras rencorosas de unos españoles contra los otros, y sin quererlo aprendió de memoria el estribillo de que estos súbditos eran *buenos*, y *malos* los de más allá. Manos de bandidos la empujaban por estos caminos, dedos negros le señalaban otros no menos oscuros, y con pérfidas lecciones fomentaban en ella todos los defectos de su raza, dejándole el cuidado de conservar por sí misma algunas de sus virtudes. Si algo bueno tuvo no se lo debió á nadie: lo malo no es tan suyo como parece, porque poca defensa contra el mal tiene una pobre niña, gobernante de pueblos, criatura mimada y sin estudios, á quien le ponen de maestros los siete pecados capitales... y no le pusieron más de siete porque no los había.

## IX

La gran función parlamentaria, la espantosa lidia de Olózaga, soberbia res de sentido, fué de las más interesantes del régimen: desde que hubo tribuna entre nosotros, no se había visto escandalera semejante; la emoción dramática superó á cuanto dan de sí las más ingeniosas obras del romanticismo. La *intriga* era soberana, el enredo superior, el diálogo vivo, á veces fulminante, las peripecias variadas y sorprendentes; á cada paso surgían escenas de pasmoso efecto. Una de las que más hondamente afectaron al público, apenas alzado el telón, fué ver entrar en escena, con su cartera debajo del brazo, algo inquieto y sobrecogido, al famoso *Ibrahim Clarete*, el desvergonzado libelista de *El Guirigay* y trompetero de motines, D. Luis González Brabo, joven lleno de gracias y de ambición, de simpatía y de cinismo, que desde el 40 acechando venía la coyuntura de un rápido encumbramiento, y al fin la encontraba. Meses antes enronquecía cantando las alabanzas de la Milicia Nacional; en Septiembre del 40 ensalzaba en Madrid á Espartero, en Julio

del 48 á la coalición en Barcelona; su audacia y el arrimo de los moderados le llevaron de los clubs á las Cortes; su natural despejo y su asimilación prodigiosa hicieronle orador notable, y capitaneó el grupito de la *Joven España*.

Días antes del drama en que apareció desempeñando con tanta frescura el papel de defensor de la inocente Majestad ultrajada, creyó González haber encontrado junto á Olózaga la coyuntura que perseguía. Indicaciones de amigos officiosos le hicieron creer que aquél le haría ministro; confiaba en ello; mas Olózaga no quiso en su cotarro gente de aluvión, y el ambicioso, con rabia y despecho fuertes, buscó en la turbada situación política otro árbol á que arrimarse, ó percha con que trepar á las alturas. Los primates moderados, que querían llevar adelante la fea intriga de la acusación de Olózaga, desviando sus rostros para disimular mejor sus pensamientos, necesitaban un hombre listo y ambicioso, valiente en las disputas, poseedor de una de esas caras que afrontan todas las situaciones, de una conciencia insensible á todo escrúpulo; un hombre, en fin, de esos cuyo entendimiento no flaquea ante ninguna razón, cuyo oído no se asusta de lo que oye, cuya palabra no se asusta de lo que dice. Prestóse D. Luis á ser Ministro en el crá-

ter de un volcán, demostrando la magnitud de su audacia, rayana en heroísmo. Hay algo de grande, no puede negarse, en esta frescura, que por un lado es picaresca, por otro lleva en si todas las arrogancias de la caballería. La Historia vacila entre admirar á este hombre, ó inscribirle con asco en sus anales. Testaferro de los moderados, firmó el acta de acusación con la referencia del desacato, y el testimonio de Su Majestad, arma terrible de justicia, con la cual se podía decapitar á media España y meter en presidio á la otra mitad... Desorientado y confuso se ve el narrador de estos acontecimientos al tener que decir que aquel cínico era simpático y airoso por extremo, que fuera de la política era un hombre encantador que á todo el mundo cautivaba, ornado de sociales atractivos y aun de cristianas virtudes... ¡Oh! España, en todo fecunda, es la primera especialidad del globo para la cría de esta clase de monstruos.

Contentos de haber hallado un monstruo que tan bien se ajustaba á las necesidades de aquel momento político, los Caballeros del Orden no tenían ya nada que temer: suya era la Casa Real; España con sus Indias no tardaría en pertenecerles. A Olózaga dábanle ya por difunto, y con él caía para siempre, ó al menos para

muchos años, el espantajo del *Progreso*. Anhelaban acortar todo lo posible la función dramática, á fin de dar al escándalo tan sólo las dimensiones absolutamente precisas. Para que la semejanza de tal función con las de un drama ó comedia fuese perfecta, el local parlamentario era el teatro de la Plaza de Oriente, aún no concluído, edificio con grandes anchuras para la sesión pública, pero sin desahogo de pasillos para el descanso y esparcimiento de los padres de la patria, y para la irrupción de vagos que iban á recoger impresiones, á charlar de política y á comentar los discursos. Entre estos holgazanes era D. Bruno de los más hijos, como si en ello estribara una sagrada obligación; y aunque no tan asiduo, también Milagro dejábase ver por allí, y con él Mariano Centurión, á veces *Don Frenético*. En aquel corro vocinglero solían introducirse algunos diputados, como Fermín Gonzalo Morón, amigo de Milagro; Madoz, íntimo de Centurión, y Oliván é Izardi, que á sus ventajas de comer la sopa en todas las situaciones, unía ya la de ser representante del país en todas las legislaturas. También hucicaban en el grupo periodistas jóvenes, como Angel Fernández de los Ríos Coelle y Quesada, Villergas y otros... Si todo lo que tantas bocas hablaban se refiriese, no habría li-

bros ni bibliotecas bastante capaces para contenerlo: entre millones de palabras vanas, algún juicio gracioso y picante, algún relato en que vibraba la verdad, merecerían la reproducción. Milagro conservaba en su memoria multitud de trozos que bien podrían ser páginas históricas, y haciéndolos suyos, estuvo repitiéndolos hasta el año 46, en que perdieron su oportunidad. Asimismo recordaba Centurión con admirable retentiva la perorata que soltó Fermín Caballero una tarde, cuando ya la escandalosa discusión estaba en el quinto ó sexto día. Fué como sigue:

«Con lo que le han dejado decir á Salustiano, con lo que hemos dicho Cortina y yo, habrá comprendido todo el mundo que lo de violentar á la Reina para que firmase es una farsa, la peor y más peligrosa que pudo haber discurrido esta gente. Hay cosas que si pudieran decirse aquí, arrojarían toda la claridad que este oscuro pleito necesita. En la famosa entrevista de Salustiano con la Reina, ésta se mostró como nunca jovial y juguetona, firmó todo lo que le presentó su Ministro, una cruz para el escritor francés M. Viardot, otra para el Sr. Morejón, y por fin, el decreto disolviendo las Cortes. Al salir Olózaga, le dió la Reina un cartucho de dulces, con recomendación

expresa de que no lo abriese hasta llegar á su casa... Hemos creído si habrá sacado esta niña las mañas guasonas de su papá, que regalaba cajas de puros á los ministros cuando había decidido plantarlos en la calle ó mandarlos al destierro. Pero esto es una cavilación; la Reina dió los dulces con la mayor inocencia: eran para Elisita, la niña de Olózaga... He sabido por un palaciego de todo crédito, persona veracísima, que al salir nuestro amigo de la estancia regia estaba Isabelita gozosa, más aún que de ordinario, saltona y vivaracha, y que por las trazas deseaba que se fuera el Ministro para ponerse á jugar con su hermanita y dos azafatas. Como unas dos horas estuvo enredando en el juego más de su gusto: *las casitas de alquiler*, y vean ustedes qué simbolismo: poco antes había jugado á desalojar las Cortes, poniendo en el Congreso los papeles de *Esta casa se alquila*. ¡Cosas de la vida humana, que resultan muy chuscas en la vida de los pueblos! No olvidemos que nuestra Reina cumplió ese día trece años, un mes y diez y ocho días. Diganme si no es criminal la conducta de los que han hecho á esta cándida niña, sin experiencia, sin malicia ni conocimiento de su posición y de su responsabilidad, el mal tercio de ponerla frente á un partido respetable, el

partido que aseguró su Trono y defendió sus derechos... Yo les digo á estos señores que si todos de buena fe, todos con mira patriótica, no nos cuidamos de educar á esta chiquilla en las funciones de su cargo; si no la rodeamos de respeto; si no la ponemos muy alta, para que no lleguen á ella ni siquiera los rumores de nuestras disputas, demos por corrompido el régimen y vayámonos todos ¿á dónde? á cualquier parte, dejando que hagan sus madrigueras en las gradas del Trono cuatro clérigos y cuatro espadones...

•Pues sigo mi cuento. Jugó Su Majestad largo rato á las casitas de alquiler, y dió luego á las muñecas una espléndida comida de anises en una vajilla diminuta, y de lo que menos se acordaba Isabel II era de que nos había disuelto de una plumada, y de que había llamado al país á nuevos comicios. Todo el resto del día estuvo la niña en la mayor tranquilidad, olvidada de sus funciones graves, hasta que llegó de su casa la Camarera Mayor, y ¡allí fué Troya! Al enterarse de que la Reina había firmado, la Marquesa, que venía con las de Caín bien provista de instrucciones, puso el grito en el cielo y se llevó las manos á la cabeza, augurando desastres, revoluciones y el Diluvio universal. ¡Buena la había hecho la inocente Reinita!

Jugando con el país como con una muñeca más, había firmado su perdición. ¡La Milicia Nacional otra vez cobrando el barato, la libertad de la imprenta despotricando á troche y moche; el ateísmo, la demagogia y cuanto hay de perverso!... Dicho esto por la Marquesa, se alborota todo Palacio. Poco después empiezan á llegar á la cámara Real los señores del margen: Narváez, Pidal, Miraflores, Serrano, el *general lindísimo*... Pidal, con noble inocencia, llora al saber el desacato que atribuyen á Olózaga, y también derrama una lágrima por el propio motivo nuestro amigo el angélico Frías... En fin, que allí se acordó la exoneración del Ministro, y encausarle y hacerle añicos, y no dejar luego un progresista para un remedio... Poco después llevaron al pobre González Brabo, á quien yo aprecio porque es listo, gracioso, amable y valiente, más valiente que el Cid. De su bravura indomable da testimonio la serenidad con que entró en Palacio, con las uñas todavía ensangrentadas de haber desollado viva á la Reina Cristina refiriendo descaradamente los amores con Muñoz, y aquellas escenas picantes de Quintapesares y del Pardo... Pues bien: reunido todo el cónclave, allí acordaron lo que se había de hacer para llevar adelante la intriga del modo más airoso. La osadía de Luis les daba espe-

ranzas de éxito... ¡Ah! un detalle. En el acta de acusación se dice que cuando la Reina manifestó repugnancia de firmar y quiso pedir auxilio, Olózaga se abalanzó á la puerta y echó el cerrojo. Pues la puerta de la estancia en que esto pasaba, no tiene cerrojo. Lo sé como si lo hubiera visto y examinado. Pueden ustedes asegurarlo, como yo lo aseguro.

Continúo. Pues mientras en la cámara Regia sucedía lo que voy contando, Olózaga tan tranquilo, ignorante de todo. Había pasado el día con Manuel Cantero y otros amigos, entre los cuales me contaba yo, en la Casa de Campo, donde comimos alegres y descuidados... Al volver de la partida campestre, enteróse Salustiano de lo que ocurría, fué á Palacio y no le dejaron pasar á la cámara Real, cosa inaudita y que no le dejó duda de su desgracia. El Duque de Osuna, gentilhomme de servicio, le dijo que habiéndose dignado S. M. destituirle, podía retirarse á la Secretaría de Estado, donde encontraría el decreto de exoneración. Al último de los criados se le despide con más miramiento, ¿verdad, señores? En el círculo de la amistad y en la conversación privada, hemos podido hacer confesar á Angel Saavedra, á Pastor Díaz, y al mismo Sartorius, con ser tan arrimadillo á Narváez, que esto es un escándalo, que de la

polvareda de esta intriga saldrán terribles lodos, y que los moderados echan el primer borrón en el reinado de esa pobre niña.... Otros no quieren confesarlo, aunque en su fuero interno piensan lo mismo, y si pudieran volverse atrás, recoger y retirar todo lo actuado, lo harían de buena gana... Ya saben ustedes, porque cien veces lo hemos dicho, que reunidos en casa de Madoz para examinar despacio el decreto firmado por la Reina, no descubrimos en la firma y rúbrica la menor señal de alteración del pulso, ni que la escritura hubiese sido hecha con violencia... Y vednos aquí en el más extraño y desigual juicio que cabe imaginar, porque no podemos poner en duda la palabra de la Reina, quien, como tal Reina y señora de los españoles, no puede haber dicho cosa contraria á la verdad. Nuestra defensa está en sostener que no hubo violencia para obtener el decreto, y que sí la hubo en la producción del acta y testimonio de Su Majestad. La verdad no se pondrá en claro, y cada cual seguirá creyendo lo que quiera. Pero no quedará bien parada nuestra Soberana, que unos y otros suponemos víctima de una violencia. ¡Qué principio de reinado! ¡Esto da pena! ¡Qué manera de empañar con nuestro vaho la aureola de esa criatura, cuya pureza debe ser

frente de toda autoridad! ¡Qué furia para dar pisotones á esa rosa, y privarla de su aroma y de su color bellisimol...

## X

Con estas turbulencias y estos dramas parlamentarios, agudísimo acceso de la dolencia de la Nación, vivía en gran zozobra la buena de Doña Leandra, viéndose obligada á repetir: *ni se muere padre ni cenamos*. Si no se determinaba la mudanza, tampoco se veía claro lo del destino, porque caído y arrastrado por los suelos Olózaga, lo más seguro era que su sucesor revocara todos los nombramientos hechos por aquél. La familia, pues, estaba con el alma en un hilo: ni se realizaba el bien supremo de volverse todos á la Mancha, ni el problema de la vida en Madrid se les presentaba claro. Provechosa sería tal vida, aunque triste, si la posición de Carrasco fuese tal como de sus méritos podía esperarse, si á las chicas les salieran excelentes partidos, si los pequeños adelantaran en sus estudios y se hicieran ilustradillos, en disposición de seguir brillantes carreras. Pero la realidad no acababa de confirmar las ri-

sueñas ilusiones. Siempre que Doña Leandra hablaba á su esposo de la poca gracia que le hacía Madrid, se le nublaba el rostro á D. Bruno, y dejaba escapar suspiros como catedrales. Sin duda, no bastando las rentas de la propiedad manchega para sostenerse, el buen señor se había visto obligado á contraer deudas, con lo cual y las cosechas flacas y el dispendio gordo, y los arrendamientos en deplorables condiciones por favorecer á parientes menesterosos, la riqueza de la familia, grande para la Mancha, cortísima para Madrid, iba cayendo y rodando por un despeñadero cuyo fondo no se veía.

Observó Doña Leandra, en la primera semana de Diciembre, que se agravaban las melancolías de D. Bruno, como si en el proceso parlamentario de Olózaga fuese él y no Salustiano el acusado, á quien los palaciegos maldecían. Había tomado el manchego como cosa suya el tremendo litigio, y en su solución se interesaba cual si en ello le fuese la vida. Diariamente daba noticias á los suyos de cuanto en el refidero de la Plaza de Oriente iba pasando: los discursos terribles de los acusadores, la defensa de Cortina y la que de sí propio hizo el supuesto delincuente. Ponderaba el valor cívico, el sólido argumento, la palabra elegante,

la sinceridad, la ironía, todo lo que, á juicio del informante, hacía de Olózaga orador más completo que los llamados Cicerón y Demóstenes, de tiempos muy antiguos... Según D. Bruno, convertido de acusado en acusador, se había crecido tanto el hombre, que ya no se le veía la cabeza de tan alta como estaba.

Llegó por fin un día en que el escándalo, si no concluido por el esclarecimiento del asunto, fué cortado y suspenso: los propios palaciegos echaron agua á la hoguera para que no fuese terrible incendio que á toda la Nación devorase. Olózaga, por consejo de sus amigos, que veían amenazada la vida del tribuno en nocturnas asechanzas, huyó al extranjero, y el Ministerio González Brabo procuraba entrar en la normal vida política, consistente tan sólo en dar y quitar destinos. En este punto, advirtió la familia de Carrasco que el cabeza de ella, lejos de calmarse, se abismaba en más negras murrias; perdía notoriamente la salud, y ni entraba bocado en su boca ni de ella salía palabra alguna. Pasaron días, y el buen hombre, por los monosílabos que pronunciaba su trémulo labio, por el tenebroso signo de su entrecejo, parecía tocado de la desesperación. «Madre, señora, madre—dijo á Doña Leandra la hija mayor,—¿sabe lo que tiene padre en su cuar-

to? Pues una pistola, así, muy grande. Escondidita debajo de los libros la ví cuando limpiaba. No he querido tocarla, temiendo que se me disparase.» Corrieron allá hijas y madre, aprovechando la ocasión de estar ausente Don Bruno, que había bajado al estanco, y con grandísimas precauciones se apoderaron del arma y la guardaron en paraje recóndito, donde nadie podría encontrarla. Por la noche, acostados ya todos, durmiendo los menores, en vela Carrasco, su mujer haciéndose la dormida, notó ésta que el buen señor se levantaba despacito, evitando el ruido, y que con paso de ladrón á su despacho se encaminaba; púsose en acecho la señora, le sintió encender luz, oyó el chasquido de la silla cuando en ella cayó el proceroso cuerpo; le sintió luego revolviéndose con paseo de lobo enjaulado en la reducida estancia, y á veces oía secos golpes, como si Don Bruno se diera de cabezadas contra los frágiles tabiques. Más muerta que viva levantóse Doña Leandra, y echándose una falda y cubriéndose con la colcha rameada, que fué lo que encontró más á mano, corrió al lado de su esposo, el cual, al verla entrar en tal disposición, silenciosa por no traer zapatos, se estremeció de susto, creyendo que le visitaba algún fantasma ó alma del Purgatorio. Estaba el manchego,

cuando surgió la aparición, trazando el encabezamiento de una carta. A su lado se sentó la mujer y le dijo: «Que á tí te pasa algo, y aun algos; que no es cosa buena, no puedes negármelo, Bruno, que bien lo manifiestas, no con lo que dices, sino con lo que callas, y con la cara de tinieblas que se te ha puesto. De lo que sea dame conocimiento pronto, pronto, pues si á mí no te confías, no sé á quién lo harás...»

—Pues sí, mujer—dijo Carrasco, que sólo con verse provocado á la confianza, algún alivio sentía ya de la pesadumbre que agobiaba su espíritu:—me pasa lo más terrible, lo más espantoso, lo más horrendo que puede pasarle á un hombre, y si ahora te pusieras tú á imaginar cosas malas, no llegarías á la verdad de mis padecimientos, Leandra.

—Todo sea por Dios—dijo la señora, abriendo el inmenso paraguas de su conformidad evangélica para el chaparrón que venía.—Si Dios quiere probarnos y affigirnos con penas grandes, es que las merecemos, Bruno, y á su santa voluntad debemos someternos... Ya me parece que estoy al tanto de lo que nos pasa. Esta vida no es para nosotros, pobres aldeanos, y por meternos á figurar en la Corte, vamos cayendo, cayendo, y está próximo el día en que



tengamos que vender nuestra propiedad para comer unas sopas. En la Mancha comprábamos comida, salvo el azúcar y chocolate, pues de nuestras tierras salía el gasto de boca, y aquí, ni perejil tienes si no sueltas el dinero. Luego vienen los pingajos para vestir á las niñas y poner con ello cebo á los novios, que pican, sí, pero no caen; luego el costerío del estudio de los chicos, el cual es tan grande que en cada libro que se les compra se va el valor de medio cochino, y de un diccionario en latín sabrás que costó más de cochino y medio... en fin, Bruno, que vamos perdiendo el vellón en las zarzas de este Madrid tan malo, y á poco más nos quedaremos desnudos.

—Algo hay de eso, mujer—dijo D. Bruno suspirando;—pero no es tanto el dispendio como tú crees, y las mermas de nuestro caudal no son tales que no podamos reponerlas.

—¿Es que has tomado dinero con usura, para remediar lo flaco de las rentas, y no puedes pagarlo? Pues véndase lo que fuere menester, ya sea de lo tuyo, ya de lo mío, y salgamos de esos ahogos.

—No es eso, mujer. Algún dinero he tenido que procurarme. Después de lo que tomé á Corchales el de Tirteafuera, no hay otro préstamo que una corta cantidad que aquí me dió un

amigo de Milagro, D. Carlos Maturana; pero por ahí no nos moriremos... Lo que ahora me tiene tan affigido es cosa de mayor gravedad que todas las deudas del mundo.

—Yo te aseguro—dijo Doña Leandra, sin poder salir del círculo de los intereses,—que no me importa la miseria, teniendo conciencia tranquila. ¿Qué nos pasará? ¿que lo perderemos todo, que tendremos que volvernos á nuestra tierra pidiendo limosna?

—No es eso... Nunca nos veremos en ese trance, mujer. Además, lo de los Pósitos va mejor que nunca.

—Será entonces que, caídos y hechos polvo los del Progreso, ya no tienes esperanza de ser jefe político, ni diputado, ni funcionario *excelentísimo*... Pues mira tú, eso sí que no me importa nada, porque dime: ¿no has vivido santamente y con la mayor holgura en nuestro pueblo sin que hicieras ninguno de esos papelones? ¿Por ventura, cuando allí nos sobraba todo, y teníamos para dar al pobre, ¿eras tú *hombre público* y yo *señora pública*? No éramos públicos, sino honrados y trabajadores; nada debíamos á nadie, y el Señor nos colmaba de bendiciones... mientras que aquí, en este laberinto, somos unos tristes paycs, que vienen al olor de la sopa boba, y á ver si encuentran un

par de pelagatos hambrones con quienes casar á las hijas.

—Tampoco ahora has dado en el clavo, Leandra. Todas esas desdichas que inventando vas son granos de anís en comparación de esta grande angustia que me hace desear la muerte... Para que no te devanes los sesos, te contaré lo que ocurre... He de comenzar por los antecedentes, que principio quieren las cosas, y no entenderías bien mi mal, sin ver antes los caminos del demonio por donde ha venido... Pues el lunes, ¡ay! á las tres de la tarde, me encontré en la calle de Alcalá, esquina á la que llaman Ancha de Peligros, á D. Serafín de Socobio...

—¿Aquel señor que dicen es muy leído y de mucha sal en la mollera? Fué de Palacio.

—Y ahora está otra vez al servicio de Su Majestad con mucho predicamento. Pues nos saludamos: es hombre muy fino, muy sutil, de éstos que sienten crecer la hierba.... Naturalmente, se habló de lo de Olózaga, y yo me desmandé: no lo pude remediar. Mi conciencia siempre por delante. Dije que los de Palacio habían armado una gran canallada, y que si triunfaban por el pronto, y hacían de Isabela una Reina despótica, luego vendrían sobre la Nación calamidades terribles; que los moderados no tenían escrúpulo, ni vergüenza ni...

—Y el hombre, ciego de ira, te arreó una sofetada.

—Nada de eso. Díjome que me calmara, que reflexionara, que viera las cosas por el prisma de... no sé qué prisma era... Vamos, que me convidó á refrescar, y entramos en el café de Matossi. Pues señor, tomé una limonada, con lo que se me fué enfriando la sangre, y D. Serafín me explicó el por qué y el cómo de existir el moderantismo: que no se gobierna á los pueblos con el aquel de progresar siempre, como queremos nosotros, ni con hartarnos de libertades, que en la práctica son barullo para las cabezas y vaciedad para los estómagos... Nos despedimos y... Ahora viene lo bueno, quiero decir lo malo. Al día siguiente recibo una carta de D. Serafín, que luego te enseñaré, citándome para las diez de la noche en el propio sitio... La torpeza mía fué acudir á la cita, que si allá no fuera yo, y con el desprecio le contestara, no habría caído en estas congojas... Fui por mi mal...

—Y en la esquina más obscura tenía D. Serafín hombres apostados para que te apalearan... Ya voy entendiendo.

—No entiendes nada todavía, mujer. En el café me esperaban Socobio y otro sujeto, de los más calificados de la situación, Cándido

Nocedal, en pasados tiempos patriota y miliciano, hoy cangrejo rabioso. Empezaron uno y otro á darme un jabón tremendo, hija, & colmarme de elogios, que me pusieron colorado, y tales eran que creí que se burlaban de mí. Socobio, poniéndome la mano en el brazo, me decía: «Nadie puede negarle á usted el dictado de *buen español* entre los mejores. De hombres como usted, honrados, independientes, serios, está muy necesitada la Nación, y el Gobierno que les convoque á todos, sin reparar en las ideas, mirando sólo á los méritos, olvidando antiguas y ya olvidadas denominaciones, será el Gobierno verdaderamente regenerador...» Pues con todos estos arrumacos se me fué metiendo en el corazón. La verdad, no es uno de bronce; no se ve uno halagado así todos los días. En fin, para no cansarte, después que me adormecieron con aquellas lisonjas tan bonitas, que si buen pico tiene el uno, no le va en zaga el otro... después que me pusieron bien blando, tan blando que se me caía la baba, ¡zas! diéronme la puñalada maestra.

—¡Jesús!

—Dijéronme que González Brabo quería verme, y que allí estaban ellos para llevarme al despacho de Su Excelencia en aquel mismo instante.

## XI

—Ello era una emboscada, —dijo Doña Leandra.— ¡Si serían granujas!

—Espérate un poco. Yo, como tan lelo me tenían con las alabanzas, me dejé conducir, como un pobre buey cansino á quien llevan al matadero... Entré... Tan pagado estaba yo de mi papel de *buen español entre los mejores*, que por las escaleras arriba me iba riendo de satisfacción, y cuando vi que los porteros se quitaban la gorra galonada, tan finos, ¿qué me creí? que se daban la enhorabuena por ver entrar en la casa á la flor y nata de los *buenos españoles*. Metieronme en el despacho del señor Presidente del Consejo, que allí estaba de palique con dos ó tres mamalones junto á la chimenea... ¡Ay! la vista de González Brabo me trastornó; á punto estuve de echar á correr. ¿Cómo había yo de cruzar mi palabra honrada con aquel pillete, con aquel libelista escandaloso, con el acusador de Olózaga, con el difamador de la Reina Cristina, con el hombre impúdico que se ha puesto á la Nación por monterá, y á todos quiere hacernos esclavos? Temblando estaba yo de que acabase con aquellos